

## La Compañía de Jesús y la Filosofía \*

Señores:

Un escalofrío angustioso sacudió el alma del P. Ignacio cuando corrían los días del año 1539.

Había fusionado su ideal apostólico con el de sus compañeros en una orden religiosa que iba pronto a nacer; había sonreído ante la aprobación verbal del Jefe de la Iglesia, prenda segura de un éxito cercano; había emergido —como la nave de la peligrosa bruma— de las tendenciosas calumnias destructoras, para navegar en un ambiente de esperanza, cuando de pronto un cambio en la Corte Vaticana, tornó esa esperanza en un agrio desengaño.

Por eso, cuando después de continua plegaria y de intenso bregar, se expedía, el 27 de setiembre de 1539, la Bula de aprobación de la Compañía de Jesús, los ojos del antiguo peregrino de Manresa brillaron de santa alegría, y en su alma sopló consoladora, la misma brisa que aletea en el mar después de una deshecha tormenta.

Los cien años que han pasado desde entonces cuatro veces, forman el recuadro de una vida: la vida de la Orden de Ignacio de Loyola, que aporta su grano de arena para el gran edificio en construcción: la Iglesia de Cristo. Historia de familia, señores, que los hijos se deleitan escuchando; que vosotros, sus allegados, os complacéis en recordar como el hermano que gusta escuchar las historias de sus hermanos y cuyos fastos os gozáis en celebrar, como celebran sus grandes días aquellos a quienes liga no un vínculo material, sino otro cien veces más profundo: el vínculo de la simpatía, de la admiración y del amor!

---

\* Este discurso y el siguiente fueron leídos en el homenaje de las Facultades de Filosofía y Teología a la Compañía de Jesús en su IV Centenario.

Dos elementos, señores, integran la actividad de un orden religiosa: el uno, externo, escénico, está formado por la atmósfera social y las costumbres de la época, que dan su tonalidad, no sólo a determinado período histórico, sino a toda vivencia orgánica que dentro de él estructura. El otro elemento es interno, vital: es el espíritu de la Orden, que florece y alimenta cada momento de su existencia. Estos dos elementos se conjugan y funden entre sí, dando por resultado una plasticidad admirable, que hace fecunda la acción del apóstol destinado a llevar a Cristo a las almas de todos los tiempos.

San Ignacio dió a su Compañía un espíritu de périmetro inmenso. Su fondo es el conocimiento de Cristo, la ciencia de Dios, vivida por los Ejercicios y profundizada por la Teología, y su contorno es tal que le permite adentrarse en los hombres para inyectarles esa solución salvadora. Pero para entrar en el santuario del hombre, es menester franquear la puerta de su inteligencia, que solo se abre a la sabiduría y a la verdad, cuya luz nos llega por medio de filosofía. He aquí la razón de los profundos estudios de la Compañía. La Teología delinea el fondo; la filosofía el contorno de su actividad, y ambas encuadran una figura central, cuya visión da oleadas de vida a todo jesuita: la imagen del Cristo que conoció en los Ejercicios Espirituales.

Señores, la actuación de la filosofía jesuítica en el fondo escénico de la historia —tema que nos ocupará por estos momentos —ofrece los cuadros más patéticos, reveladores de un vigor interior extraordinario.

Séame permitido, ante todo, indicar la enorme desproporción entre el tema amplio de cuatro siglos y fecundo como pocos, y el exiguo tiempo de que disponemos. Estas palabras serán una rápida ojeada, como una revista de actualidades, que podrán al menos hacernos entrever, las íntimas relaciones que han mediado siempre entre la Orden de Ignacio de Loyola y la gran Filosofía de Aristóteles y de Santo Tomás.

Desde el año 1300, época del primer florecimiento escolástico, hasta el 1600, median dos siglos que hilvanan los estadios sucesivos de una caída fatal del Escolasticismo: "son siglos que envuelven la gestación de los tiempos modernos, dice Franca; un soplo de independencia recorre Europa de norte a sur, levantando príncipes y soberanos contra el dominio de los Papas; mientras el Cisma de Occidente, relajando el rigor disciplinar de los clérigos, abona, con la corrupción de costumbres, una

tierra feraz para la implantación de la Reforma. Así, poco a poco, se liquidaba el glorioso pasado de Santo Tomás y anquilosábase el alma de la vieja Escolástica. (1).

En este paisaje agreste nace la Compañía de Jesús. La mirada del Santo Fundador se dirigió afanosa hacia el mundo enfermo y socavado por las doctrinas reformistas, mientras imprimía a la Hija de sus fatigas, el sello que la había de caracterizar: la defensa de la Iglesia y la conquista de las almas.

Por eso Menéndez y Pelayo se atrevió a decir que la Compañía no había tenido infancia, porque al amanecer ya de su vida, se ve trabada en la lucha sin cuartel con los enemigos de la Iglesia; cuando sus hijos más ilustres, como Lainez, Salmerón y Bobadilla, dejando sus nombres identificados con el Concilio de Trento, señalaban el derrotero que habían de seguir sus hermanos en el correr de los tiempos.

La historia de la filosofía —señores— anota a mediados del siglo XVI, un fognazo vivísimo en aquella filosofía que parecía morir. El resurgir escolástico despertado por el Concilio de Trento, puede gloriarse de contar con los más grandes ingenios filosóficos.

Este movimiento de reforma, se arrincona primero en España a donde, en frase de Thonard, "se había desplazado el centro mismo de la cristiandad (2) y de allí rebota y se esparce por los ámbitos del mundo.

Para comprender la importancia y la popularidad que alcanzaron en España la filosofía y la Teología, debemos posesionarnos un poco de su ambiente, a primera vista algo exótico. Allí, no solamente los doctores y universitarios hablaban de filosofía y de teología, sino que hasta el mismo pueblo estaba pendiente de las disputas escolásticas y las seguía con la misma avidez con que nuestro pueblo sigue los pasos de la escuadra británica o la lluvia de paracaidistas sobre Creta. Y esto es explicable, porque a falta de comunicación exterior, que hoy hace chico al mundo, a falta de guerras civiles y religiosas de que la munía la misma topografía, el alma religiosa e intelectual de la España del XVI encontró una expansión natural en las luchas de la mente. (3)

Pues bien, señores, en este ambiente, un hombre y una polémica polarizan la atención del mundo.

---

(1) Maréchal; Précis d'h. de la Phil. Mod., T. I, p. 36; Louvain 1933.

(2) Thonard F. J.; Précis d' H. de la Phil. 1937.

(3) Astráin; H. de la C. de J. en la A. de Esp., T. V, p. 83, Madrid 1916.

Un hombre estudiaba en la Universidad de Salamanca y el 16 de junio de 1564 ingresaba en el noviciado de la Compañía. "En las clases de filosofía quedaba muy atrás respecto de sus condiscípulos; un hermano le repetía la lección dada por el profesor para que pudiera entenderla. Pero un día se hizo sentir una mudanza inesperada. Después de una clase en que se había explicado una de las cuestiones más arduas de filosofía, el condiscípulo de FRANCISCO SUAREZ, se afaná por simplificársela, pero con pocas esperanzas de hacérsela entender. Cuando terminó, le dijo Suárez: si quiere, voy ahora yo a exponer la cuestión, porque me parece que la he entendido. Suárez expuso el asunto con admirable precisión y amplitud. Asombrado el repetidor, comunicó la mudanza al profesor. Este, a fin de cerciorarse de la realidad, señaló a Suárez para impugnar en el inmediato ejercicio de argumentación, la tesis que se había de discutir. Hízolo con tal amplitud y profundidad, con tal solidez y agudeza, que hubo de acudir el mismo profesor, en auxilio del defensor que estaba a punto de ser derrotado". La vida de Suárez puede encajonarse en estas dos palabras: enseñar y escribir. Pero la dimensión de su alcance no se puede reducir, porque al decir del Cardenal González: "después de Santo Tomás, es la personificación más eminente de la filosofía escolástica".

Suárez no sólo da el empuje inicial con Bellarmino al método positivo e histórico en la investigación teológica y filosófica, sino que estampa su originalidad en su concepción filosófica. Menéndez y Pelayo proclama "que no hay libro más admirable que las "Disputaciones Metafísicas" en que la profundidad del análisis ontológico llega casi al último límite que puede alcanzar entendimiento humano. (4) Fué él quien dió a la Metafísica, la altiva forma constructiva que hoy ostenta; fué él quien le dió en su estructura interna, una trabazón que va del ente a sus "pasiones"; luego a sus causas; luego a la causa increada, Dios; luego a la causa creada, el hombre, y al hombre como individuo, como miembro de las varias sociedades ascensionalmente graduadas, hasta llegar a la misma sociedad de las naciones (5). Así, señores, el mundo ontológico, creado e increado, gira alrededor del SER, en una contrucción de contornos perfectamente delineados. Así el cofundador, con el gran do-

(4) Cascón; Los Jesuitas en Menéndez y Pelayo, Valladolid 1940.

(5) "Hispanitas Philosophans", Estudios 1939, p. 471.

minico Victoria, como lo demostró el ilustre P. Ives de la Briere, (6) del Derecho Internacional, deduce la estructura del mundo, con la estricta unidad de un ente jurídico-político, donde las distancias y las férreas barreras étnicas desaparecen, transformado en un todo moral, que exige leyes, unión y concordia; donde las diversas familias humanas forman un pueblo cuyos derechos y deberes deben establecerse en una asamblea presidida por el Dios de todos, que es supernacional, superestatal, porque cada uno puede con todo derecho llamarle Padre!

Señores, el hombre que atrajo sobre sí, más que ninguno, la atención del siglo XVI es, sin lugar a duda, el P. Francisco Suárez.

Y la polémica fué la gran controversia "de auxiliis", de los auxilios de la divina gracia, que aunque directamente teológica, tenía sus raíces en un problema filosófico transcendental.

Tal vez nunca, desde los tiempos de S. Agustín, hubo un conato más atrevido en la especulación humana. La lucha se trabó entre el P. Domingo Báñez, dominico y el jesuita Luis de Molina y pronto se universalizó de tal suerte que hizo converger la atención de los pueblos cristianos. Querían solventar un enigma: la relación del hombre con el Creador.

La salvación del hombre, señores, y ésta es la cuestión teológica, no es sólo obra de Dios, sino también del hombre. Esta obra la integran tres elementos: la gracia de Dios; el acto de virtud del hombre y la gloria que merece. La gracia de Dios no la merecemos; el Señor nos la da por su sola bondad. Mas no pasa así con el acto de virtud: ponemos un acto de virtud porque queremos y cuando queremos; la gloria no es más que un premio justo a nuestra virtud. Pero, cómo podemos poner libremente un acto de virtud? Si la dependencia de Dios en la creatura es tan absoluta, que nada puede obrar sin que él lo quiera, ¿a qué se reduce nuestra libertad? Y cuando el hombre se precipita a una acción impía, quién es el culpable: ¿él o Dios? Somos libres, señores, o la palabra libertad es una máscara con que se disfraza un fatalismo cruel?

No es extraño, conociendo el ambiente de la época, el apasionamiento que despertó esta polémica. A un acto público que exponía la doctrina predeterminista de Báñez, sucedía otro en que Molina o sus discípulos explicaban la ciencia media y este acto encontró eco en otro

---

(6) Ives de la Brière; Victoria et Suárez, París 1939.

y otros que aguzaban la discusión en forma inconcebible. La Inquisición intervino, se llevó el asunto a Roma, se discutió ante el Sumo Pontífice, pero nada se estableció en definitiva. El P. Molina dejó estampado en su libro "La concordia del libre albedrío con la gracia divina" el "más feliz esfuerzo de la filosofía cristiana, al decir de Sortais, para conciliar entre sí, según el pobre alcance de nuestra razón, "res olim dissociatas, libertatem et principatum" dos cosas que aparentemente no se podían coordinar, la libertad del hombre y la soberanía de Dios" (7).

A la par de Suárez y Molina, las huellas dejadas por el Cardenal de Lugo son hondas. Su tratado de *Justitia et Jure*, es el más profundo que se ha escrito hasta el presente", y los altísimos elogios, dice Astrain, que le han dado otros doctores, sobre todo San Alfonso María de Ligorio, no nos permiten dudar de la excelencia de una obra, que atrae la universal admiración del orbe católico". (8)

Ni podemos dejar en olvido los nombres de Pedro Fonseca, de Vázquez, de Toledo, de Lessio, de Pereira, de Alamani, que aquilataron con su ciencia el prestigio filosófico de la Compañía del siglo XVI.

Señores: la cultura filosófica jesuítica de este tiempo, no quedó taponada en Europa: el sello más auténtico de su volumen enormes es la venerable Universidad de Córdoba: "Fué ella, como el P. Furlong, (9) la obra de mayores alientos y la más prolífica llevada a cabo por los PP. de la Compañía en estas regiones del nuevo mundo. Medio siglo después de fundada la ciudad, los jesuitas pensaron en erigir una Universidad. En 1610 inauguran el Colegio Máximo. Tres años más tarde, el Convictorio de San Francisco Javier y un año después quedaba virtualmente constituida la Universidad que en 1622 Gregorio XV y Felipe III elevaban oficialmente a título de tal, bajo la advocación de "San Ignacio y de la Purísima Concepción", y le otorgaban el privilegio de dar títulos válidos en todos los dominios de España. "Así Córdoba, como dice el Dr. Noboa Zumárraga, corazón de nuestra República, fué durante esta época también su cerebro; y es porque en ella se conjugaron una mentalidad despejada y un corazón bien formado, por

(7) Sortais; Précis d'H. de la Phil. Ancienne. p. 417.

(8) Astrain, o. c. v. 5.

(9) Furlong; Los jesuitas y la cult. Rioplatense, p. 69, Montevideo 1933.

lo que Córdoba será siempre motivo de nuestro orgullo y símbolo de nuestras más puras tradiciones”.

El fognazo escolástico —señores— al mediar el siglo 17 se extingue, y la gran filosofía de Santo Tomás cae en un sopor letal. Esta decadencia es justa. La ciencia positiva se habría camino con paso rápido y seguro, y los filósofos en vez de aprovechar este progreso, lo desmienten y lo desprecian. Pero como este adelanto estaba bien fundado y era cierto, la filosofía —es natural— se desprestigiaba ridículamente. Por eso, a pesar de que acá y allá aparecen algunos ingenios, podemos decir que el racionalismo de Descartes, el empirismo de Locke, el subjetivismo de Hegel y de Schelling, y sobre todo, el idealismo y agnosticismo kantiano, habían tomado, a mediados del siglo pasado, todos los puestos de avanzada de las Universidades europeas.

Señores: hoy día el influjo de un hombre guiado por una idea prolíficamente impía, nos colma de admiración. Una sola voluntad polariza millones. Les impone sus ideas y las exalta a la efección de las empresas más inconcebibles.

Las últimas décadas del siglo pasado, al contarlos un duelo entre un hombre contra una nación entera, parecen esbozarnos las líneas de este cuadro contemporáneo. El hombre que lucha es José Kleutgen y la nación es Alemania.

Kleutgen tenía en su espíritu la inquietud que reina en Dormund, su tierra madre. Admitido en la Compañía de Jesús en 1873, y terminados sus estudios, comenzó a preparar como un consumado estratega, la lucha que soñaba.

Alemania era la patria de Kant, el filósofo del idealismo, de Lessing, el literato de Kant, de Schiller, la encarnación poética de Kant, de Herder, y era natural que fuese oscurecida por la falsa luz de estos fuegos fátuos y se olvidase cada vez más de la filosofía perenne.

Tratábase ante todo de desbaratar prejuicios contra “ese método de argumentar —como decía Diderot de la Escolástica— al que se había reducido el Aristotelismo, salpicado de mil cuestiones pueriles”, y de demostrar cómo la Escolástica, lejos de estar en pugna con la ciencia, acentaba sus verdaderos fundamentos, al inervar todo saber en el mismo proceso intelectual: la abstracción.

Una a otra se suceden las obras de Kleutgen con un intento fijo: en 1882 aparece “Über die alten und neue Schulen”; en 1882 “Über den Glauben und Wun-

derbare" y luego sin interrupción sus dos obras maestras: "Die Theologie der Vorzeit" y "Die Philosophie der Vorzeit". (10).

Tan llena es la foja de servicios del P. Kleutgen, tan profunda su penetración filosófica y teológica, que León XIII, al oír la noticia de su muerte, exclamó con tristeza: "era el príncipe de los filósofos. (11)

La lucha de este campeón de la filosofía encontró un eco en el empeño restaurador de la Civiltà Católica (12) el más grande periódico jesuítico, de los PP. Letteratore, Tapparelli, Cornoldi y del canónigo Sanseverino y una oficialización auguradora del triunfo en la enciclica de León XIII Aeterni Patris, cuyo diseño trazó (13) que colocaba en su pedestal de honor al gran Santo de Aquino y a toda su filosofía. La aparición de la Enciclica —señores— señala una página blanca en la historia de la filosofía católica y todavía en el unánime clamoreo de la resurrección escolástica, podemos distinguir las voces de los ilustres hijos de la Compañía: Regnon, Delmas, Tongiorgi, Palmieri, Urráburu y otros.

El día de hoy —señores— el panorama de las inteligencias ha sufrido una profunda alteración. El siglo XX es el siglo de los descubrimientos científicos, que como los eslabones de una cadena, parecen emerger trabados del abismo de lo ignoto. Sin esta faceta, la última página de esta crónica estaría incompleta. La mera nómina de los hijos de la Compañía que sobresalen en el campo científico, amontona y desmedra valores que exigirían verdaderas historias. Desde el gran entomólogo alemán P. Enrique Wasmann, hasta el fundador de la I. C. A. I. una de las más famosas escuelas politécnicas del mundo, P. Pérez del Pulgar, fallecido el año pasado, extiéndese una noble falange científica: los físicos y químicos Wulf y Victoria, los astrónomos Rodés, Gianfranceschi, Sechi, Colin, Dechevrens, los biólogos Dressel, Bolsius, Barnola, Pujiula y nuestros conocidos PP. Laburu e Ignacio Puig que honran el nombre de la Compañía, el uno con su erudición Psicológico-Characteriológica y el otro como digno director de nuestro observatorio y por la constante y acometedora inquietud por el progreso de su ciencia.

En armonía con esta inquietud científica —señores— "la filosofía moderna, como decía un ilustre pro-

(10) Zeitschrift für katholische Theologie, 1933, p. 184.

(11) Estudios Eclesiásticos, N° 58.

(12) Estudios Eclesiásticos, N° 58.

(13) Zeitschrift cit. p. 199.



fesor <sup>(14)</sup> está marcada con una como angustia de los problemas gnoseológicos. El eje Descartes - Kant, sigue trabajando el pensamiento filosófico de nuestros días". Sobre ese eje cartesiano kantista ha girado toda la sucesiva planteación del problema filosófico moderno por excelencia: el valor extramental de nuestros juicios, o el problema crítico. Y es en este problema delicado donde han investigado con toda seriedad científica, encarrando de frente el asunto, talentos conocidos en todo el mundo, como el gran dominico Garrigou-Lagrange, a cuyo lado, con mente más certeza quizás en este punto, figuran los jesuitas Naber, Picard y sobre todo De Vries con su genial obra *Denken und Sein*.

En la lucha acérrima contra el kantismo, que por desgracia, todavía informa el pensamiento general, el P. Marechal ha sellado su nombre con una obra "*Le point de depart de la Metaphysique*" que ocupará un lugar prominente en la historia de la filosofía. En Alemania, los PP. Lindworski y Fröbes atraen la atención de los psicólogos experimentales, hasta el punto de ser el primero, llamado a honrar la cátedra de la Universidad de Praga y de ser la *Psicología Experimental* del segundo, la fuente a donde van a controlar sus experiencias, psicólogos de todos los campos doctrinales. Y en nuestro país —señores— ignorado y humilde como era, no puedo pasar por alto la venerable figura de nuestro gran profesor el P. Francisco Marxuach, a quien asistí en sus últimos instantes, y cuyo diáfano pensamiento iluminó las aulas de esta facultad.

Antes de terminar séame permitido tributar un homenaje de cariño y admiración, sintetizando en él la que siento por todos los grandes hermanos citados — al hombre cuya luz percibimos solo por breves instantes, el ilustre y sabio Padre Ives de la Brière, cuyos despojos mortales descansan bajo nuestros muros. Su dedicación a los estudios Derecho Internacional, su excepcional competencia en ellos y su incontestable influencia en los asuntos más intrincados entre la Iglesia y los Estados le merecieron una carta laudatoria del mismo Benedicto XV.

Los ejemplos de este hombre —señores— entrelazados con su doctrina profundamente humana, forman un manto que desde el humilde camposanto, nos cubre a nosotros, sus hermanos y todos los que admirásteis su

---

(14) E. Pita, El problema crítico fundamental, (prólogo), Fascículos S. M. v. 4.

íntegra personalidad, "asegurándonos, frente a las pseudoresurrecciones materialistas, y frente a la horrible hecatombe de hoy, que describe un angustioso interrogante, para el mañana, la única resurrección verdadera de individuos y pueblos, la de Cristo N. Señor". (15).

ANDRES CAFFERATA, S. I.

---

(15) Criterio, n. 679, p. 221.